

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN
I

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador



2016

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2016

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón I*)

Coordinador: *José Cosano Moyano*

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

© De la portada: M^a José Ruiz López

ISBN: 978-84-946378-5-8

Dep. Legal: CO-2429-2016

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

EL OBISPO OSIO DE CÓRDOBA

JULIO MERINO GONZÁLEZ
Real Academia de Córdoba

A la hora de hablar de Osio de Córdoba lo primero que hay que recordar es que el famoso obispo que salvó el cristianismo en Nicea vivió 101 años, porque ello tiene que ver con la inmensa labor que realizó en favor de la Iglesia antigua. También hay que resaltar que su biografía está llena de luces y sombras, de apariciones y silencios, pues como el río Guadiana a veces se esconde y nadie sabe nada de su vida y otras resurge en primerísimo plano. Osio nació en Córdoba el año 257 de la Era cristiana y murió el año 358, y apenas si se sabe nada de sus primeros años y su juventud, ni de sus estudios. En realidad su nombre surge con fuerza al ser nombrado Obispo de Córdoba, cuando ya tenía 39 años. También brilla ya con luz propia en el Concilio de Elvira, Granada, que se celebra en torno al año 303 y al que asisten 19 obispos españoles y 24 presbíteros. Porque allí ya se destacó Osio por su gran formación teológica y su brillante oratoria. En aquel sínodo, uno de los más antiguos de la Iglesia universal se aprobaron muchos de los "cánones disciplinarios" que pasaron a la legislación general de Roma. Y por ello su nombre llegó hasta el mismísimo emperador, Constantino el Grande, quien, cuando tras su famosa y milagrosa victoria en el puente Milvio decide convertirse al cristianismo y apoyar a la naciente Iglesia, no duda en llamar a su lado al obispo de Córdoba. Aunque no se sabe la fecha exacta de su llegada a Roma se supone que debió ser en torno al año 310, o sea poco antes del Edicto de Tolerancia que abrió las puertas de la legalidad a los cristianos, hasta entonces perseguidos.

Para hablar de Osio de Córdoba no hay más remedio que seguir las dos pautas que marcaron el español Ortega y Gasset y el alemán Jasper. Ortega hablaba de la "religión de los hechos" y defendía que no se puede escribir de historia sin base documental sólida. Por el contrario el alemán decía que la Historia no solo admite la interpretación sino que la exige y que es absolutamente necesario interpretarla cuando no hay "hechos" tangibles. Pues entre ambas teorías nos tenemos que mover al hablar de Osio. Según fuentes primarias Osio era ya famoso por su preparación intelectual y teológica cuando llega al Concilio de Elvira. Y eso está demostrado porque entre los firmantes de las actas del Concilio figura su nombre. No se sabe a ciencia cierta cómo le afectó la tremenda y última gran persecución de los cristianos bajo el imperio de Dioclesiano, pero sabiendo que las "purgas" feroces que se llevaron a cabo en

todos los estamentos del Estado, desde el ejército, la administración y las clases más bajas, se supone que Osio debió ser una de las víctimas. Pero, Dioclesiano llegó demasiado tarde.

Y tampoco se ponen de acuerdo los historiadores en la fecha de celebración del Concilio de Elvira. Según unos se celebró el año 324, otros el año 309, pero las fuentes más serias lo sitúan entre el año 300 y el 303, y teniendo en cuenta la implacable persecución de Dioclesiano debió celebrarse este último año. Sí se sabe por la información que suministran las propias actas en el Concilio de Elvira que el principal obispo asistente fue Osio de Córdoba. Fue el primer Concilio que se celebró en Hispania y en la ciudad de Illiberis, próxima a Granada y actualmente en ruinas. En aquel Concilio se aprobaron 81 cánones, referidos todos ellos a cuestiones disciplinarias que arrojan mucha luz sobre la vida religiosa y eclesiástica de aquellos primeros cristianos. Allí se trataron y acordaron temas como el celibato, el bautismo, la idolatría, los ayunos, la excomunión, los cementerios, la usura, las vigiliass, la frecuencia de asistencia a la misa dominical y las relaciones de los cristianos con otras religiones. El más discutido de los cánones fue el XXXIII que hacía referencia al celibato del clero y fue en este tema donde al parecer destacó más aquel joven Obispo de Córdoba, ya que en Concilios posteriores Osio defendió las mismas tesis. También tuvo gran debate el tema de la veneración de las imágenes en los templos. La mayoría de los Obispos presentes se inclinaron por la prohibición. Según Osio, en las iglesias no debería haber estatuas, ya que había que evitar que los paganos pudieran burlarse de las escenas sagradas. Elvira fue, sin duda, la plataforma de Osio de Córdoba.

Al finalizar el Concilio de Elvira Osio es ya un personaje y su fama se extiende por el Imperio. Pero poco más se sabe de esos años. Según algunas fuentes Osio estaría ya en Roma cuando el emperador Galerio hace público el llamado Edicto de Tolerancia en el 311. Otros historiadores, sin embargo, fijan su llegada hacia el 312, fundándose en la apertura que significó esta tolerancia. Porque Galerio dio luz verde al cristianismo para que pudiera seguir la expansión de su doctrina en público y sin persecuciones. Ello fue el primer gran paso que dio aquella Iglesia para alcanzar la plena libertad de adoctrinamiento. Lo que es más seguro es que Osio de Córdoba está ya en Roma cuando dos años más tarde los emperadores Constantino y Licinio proclaman el “Edicto de Milán” (año 313). Importantísimo Edicto, ya que de la Tolerancia se pasaba a la plena libertad para los cristianos, que quedaban en igualdad de condiciones con respecto a la religión oficial. Es el triunfo definitivo, la victoria absoluta sobre el mundo pagano, de la iglesia cristiana. ¿Qué papel jugó Osio en ese momento y siendo ya como era asesor religioso de Constantino? Todo hace suponer que el Obispo de Córdoba tuvo arte y parte en la redacción del texto del famoso e

importante Edicto de Milán, sobre todo teniendo en cuenta que ya se había producido la milagrosa victoria del puente Milvio (“con esta señal vencerás”).

El Edicto de Milán

Según la mayoría de los autores Osio era ya ese año “consejero imperial” para asuntos religiosos y la persona que le influye para tomar las decisiones que llevarían al Edicto. Porque entonces Constantino convoca a Licinio, el otro emperador, el dueño del Oriente, para entre ambos preparar y hacer público el Edicto por el que se proclama no ya la tolerancia sino la plena libertad para los cristianos. El Cristianismo quedara en igualdad de condiciones con respecto a la religión oficial. Pero para dejarlo todo en su punto repasemos el texto del famoso Edicto que cambió el curso de la historia del cristianismo y tal vez la historia del mundo: “Felizmente, tanto yo, Constantino Augusto, como yo, Licinio Augusto, nos hemos reunido en Milán y hemos concluido un tratado acerca de la seguridad y disposición de la República. Atendiendo a lo que fuera de provecho a la mayoría y que creímos que se debía ordenar en primera instancia -asuntos referentes a la divinidad-, acordamos reconocer a todos y también a los cristianos la libre potestad de seguir la religión que deseen, de tal forma que lo que es derecho del cielo, también entre nosotros y entre todos aquellos que dependen de nuestra potestad deba ser reconocido como derecho...”.

Pero, aquel Edicto de Milán (febrero del año 313) fue sólo el comienzo, porque a partir de esa fecha Osio influye de tal manera en Constantino que el Emperador se inclina cada vez más hacia el cristianismo, al que de hecho trata ya como Religión del Estado. Y asesorado por Osio dicta una serie de disposiciones que favorecen sobremanera a los cristianos. Por ejemplo, la acuñación de monedas con el monograma de Cristo (X); la devolución de todos los bienes confiscados en etapas anteriores; grandes donativos para que se levanten de nuevo los templos destruidos; preparar y regalar a los Papas el palacio de Letrán, que había sido morada particular de la emperatriz Fausta; la construcción de la gran basílica de San Pedro, de San Pablo y la de San Lorenzo; liberar al clero de todos los servicios municipales y, más tarde, ya en el año 321, permitió a la Iglesia recibir donativos testamentarios. Así mismo establece el descanso dominical y declara válida la emancipación de los esclavos realizada ante la Iglesia y etc. Después, y ya abiertamente, inicia su lucha contra el paganismo y van los puestos más importantes del Estado a los cristianos, pues se ha convencido (o ha sido convencido por su consejero Osio de Córdoba) de que la fuerza joven del cristianismo puede robustecer el

Imperio. Sin embargo, todavía quedan algunos escollos en el camino. Por de pronto el enfrentamiento con Licinio, el emperador de Oriente.

El obispo de Córdoba, tras el Edicto de Milán, se gana por completo la confianza del emperador Constantino y su influencia es tal que el cristianismo sin ser todavía la religión oficial del Estado va ganando el terreno al paganismo. Pero, eso disgusta al otro Emperador, el de Oriente, y las relaciones entre ambos se fueron deteriorando por culpa de la religión. Licinio no ve con demasiados buenos ojos el trato de favor que Constantino tiene con los cristianos. Libertad religiosa, sí -dice- favoritismos, no. Esta es la cuestión... Así que, poco a poco, las posiciones se van enfrentando. Que Constantino apoya a los cristianos; Licinio apoya a los paganos. Que Constantino persigue a los paganos, Licinio persigue a los cristianos. Son dos concepciones distintas de la política religiosa y, naturalmente, se produce el choque y la guerra entre ambos. Pero para entonces el enfrentamiento entre Constantino y Licinio es ya también el de los cristianos contra los paganos, porque si triunfa Constantino triunfa el Cristianismo y si el vencedor es Licinio pierde el Cristianismo. Y allí estaba Osio de Córdoba, el asesor imperial para asuntos religiosos. Y Osio, claro está, apoya su religión, cristiano como era desde su nacimiento y por su formación teológica. Osio es partidario de la libertad religiosa, pero si ha de elegir elige el cristianismo.

Y la guerra llegó durante el verano del año 324. Constantino con Osio a la cabeza se pone bajo el estandarte de Cristo y se encomienda al Dios de los cristianos. Licinio, en cambio, va al combate con el dios pagano Júpiter. La batalla fue tremenda con miles de muertos en ambos ejércitos. Pero al final la victoria se inclina por Constantino, que vence y hace prisionero a Licinio, a quien poco más tarde y por otros motivos mandó ejecutar. "¡La victoria se ha inclinado -según el propio Constantino- de parte del Dios de los cristianos!". Ya no hay más que un emperador, dueño absoluto del Imperio, y éste es "casi" cristiano. El último escollo de la Iglesia para enseñorearse del Oriente y del Occidente ha sido barrido. Y Osio de Córdoba, emocionado dice: "¡Ay, si Pedro y Pablo levantaran la cabeza! ¡Ay, si los miles y miles de mártires pudieran haber visto esta victoria!". Entonces Constantino levanta la cabeza hacia el cielo y dice: "Bajo tu dirección he empezado y consumado esta batalla. Yo hice poner delante tu signo, y así conduje a mis ejércitos; y si otra necesidad del Estado lo reclamara, yo seguiría las mismas enseñanzas de tu poder y saldría a campaña contra tus enemigos. Por eso te consagro mi alma, yo amo tu nombre y adoro tu poder que me has manifestado por muchos signos y has fortalecido así mi fe. Yo deseo poner también mis hombros y edificarte de nuevo la casa santísima". Y allí estaba Osio de Córdoba, que era quien le inspiraba sus palabras.

Pero con la victoria de Constantino y el triunfo del Cristianismo sólo se había acabado con los enemigos de fuera. Porque la guerra no había terminado y comenzaba una guerra interna que duraría siglos. La guerra de las ideas y de la Teología. La iglesia cristiana se enfrenta contra sí misma, hermanos contra hermanos, obispos contra obispos, dogmas contra dogmas y la unidad se pone en un peligro más grave. Llega la hora de las herejías, de las apostasías, de las batallas doctrinales y hasta de las guerras de religión. Los cristianos que se han purificado hacia fuera con las persecuciones tienen que hacerlo ahora hacia dentro para no apartarse de la verdadera fe. Los mártires dejan paso a los teólogos y con los teólogos llega el momento cumbre de Osio de Córdoba, pues él va a ser, como consejero particular del Emperador, el guía y el defensor del buen camino: la Ortodoxia. Y la primera cuestión doctrinal en la que tiene que intervenir el teólogo cordobés es en la de los donatistas. Un movimiento, como era de esperar tras los años difíciles de la Iglesia, de signo rigorista, puritano e intransigente. El Donatismo defendía el principio de que la eficacia de los sacramentos dependía del estado de gracia del ministro que los administrara. Por lo tanto, decían los donatistas, son inválidos aquellos sacramentos que hayan sido administrados por un hereje o un pecador. A esto añadían que la verdadera Iglesia sólo debía comprender miembros puros y limpios, y que los pecadores debían ser arrojados de ella.

Pero antes de seguir los pasos que da Osio de Córdoba para resolver el problema de los donatistas y acabar con la naciente herejía que ya se había extendido por el norte de África e incluso por el sur de España conviene hacer un cuadro sinóptico de aquellas primeras herejías. Tres son los grupos en que pueden enmarcarse las herejías de estos primeros tiempos y que, por supuesto, ponen en peligro la esencia misma del Cristianismo: a) Las herejías trinitarias (que son aquéllas que tienen por objeto la Trinidad de Dios; es decir, la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, así como la relación entre las tres personas): arrianismo, semiarrianismo, neumatómacos o macedonianos, etc. b) Las herejías cristológicas (que son aquéllas, derivadas en su mayor parte de las anteriores, que tienen por objeto la unión entre la naturaleza divina y la humana en el Verbo Encarnado, o sea Cristo): apolinarismo, nestorianismo, monofisismo y el monotelismo y c) Las herejías soteriológicas (que son aquellas que se refieren a los medios de salvación del hombre, por una parte, y las normas internas o disciplina del clero, por otra): pelagianismo, semipelagianismo, donatismo, etc, etc... Así pues, la primera herejía con que se encuentra Osio de Córdoba pertenece al tercer grupo. El donatismo ponía sobre el tapete un problema importante de régimen disciplinario interno.

La base de la herejía donatista era si la verdadera iglesia sólo debía comprender miembros puros y limpios o los pecadores deberían ser arrojados de

ella. En primer lugar, la herejía tuvo como principio un problema jerárquico o de administración, o, si se apura, un problema de tipo personal. Veamos: el año 311 muere el obispo de Cartago, Mensurio, y la mayoría del clero elige como sucesor suyo al archidiacono Ceciliano, en contra del parecer de otro sector del clero que se inclinaba por Donato, hombre fogoso, gran orador y con un instinto especial para arrastrar a las masas, y sobre todo defensor radical del más puro rigorismo, que además al parecer había tenido “roces amorosos” con una matrona, llamada Lucila, célebre en la ciudad por muchas cosas, aunque principalmente por sus enormes riquezas. Como consecuencia de este enfrentamiento de pareceres surgió una verdadera guerra entre los rigoristas de la primera iglesia y los posibilistas de la nueva situación de la iglesia

Como consecuencia del enfrentamiento entre los rigoristas y los posibilistas la guerra estalló con peligro para el propio Imperio. Los partidarios de Donato, ayudados por el oro de la matrona Lucila deponen el año 313 a Ceciliano como obispo de Cartago, alegando -y aquí vino la cuestión de fondo- que este había sido consagrado por un traidor (traidor) o apóstata durante el tiempo de persecución, el obispo Félix, y que, por tanto, su consagración no era válida, puesto que los pecadores o impuros (y pecador es el apóstata) no debían pertenecer a la Iglesia. Con esta base la herejía donatista fue tomando cuerpo y contagiando a muchos cristianos del norte de África, hasta el punto de que llegaron a tener entre sus filas a más de 200 obispos y lo que es más grave: a ser un peligro para toda la iglesia. Y naturalmente el emperador no tuvo más remedio que intervenir. Según algunos autores el primero que habla a Constantino del problema de los donatistas es Osio, cosa natural si se tiene en cuenta que era la vía normal en el terreno religioso de llegar hasta el emperador. Y Osio estaba informado porque los partidarios de Ceciliano, el obispo de la ortodoxia, le ha dirigido un amplio informe y porque el donatismo ya había llegado a España, concretamente a la Bética, y eso le afectaba al obispo de Córdoba. Ante esta situación Constantino, asesorado por Osio, se inclina en el pleito a favor de Ceciliano.

Y entonces Constantino y Osio toman la iniciativa y convocan en Roma un sínodo para estudiar detenidamente el problema de los donatistas. El cristianismo no era aún “la religión del Estado” pero, en la práctica era ya la primera religión. El Sínodo se celebra con la participación de 15 obispos italianos, 3 galos y 10 de cada una de las partes enfrentadas y bajo la presidencia del Papa Milciades. Pero la respuesta a los Donatistas fue la misma: la razón la tiene el obispo legítimo y la consagración por tanto fue válida. No obstante, los donatistas no se dan por vencidos y reclaman otra vez ante el Emperador. Siguen insistiendo en que Ceciliano fue consagrado por un “traidor” y que la Iglesia no debe admitir en su seno a los impuros, es decir a los pecadores.

Constantino, que por encima de cualquier discrepancia religiosa lo que quiere es la paz, accede a que el tema vaya al nuevo Sínodo casi universal que se celebra en Arles, en las Galias, y al que ya acuden obispos de Italia, España, Inglaterra, Dalmacia y otros territorios occidentales. La pregunta que allí se hace a los obispos congregados es muy concreta: “¿Pueden considerarse válidas las consagraciones hechas por un ministro que ha pecado contra la Iglesia?”. Y la respuesta masiva de los obispos fue: “Si se han cumplido todos los requisitos exigidos, la consagraciones hechas por un ministro de la Iglesia, aunque sea pecador, son válidas”. El tema, pues estaba zanjado, de momento, sólo de momento.

Porque ni con el Sínodo de Roma ni con el Sínodo de Arles los donatistas se dan por vencidos, incluso sabiendo ya, como se demostró en el transcurso del segundo Sínodo, que el obispo Félix, consagrante de Ceciliano, no había podido ser “traidor” durante la persecución ya que en ese momento estaba ausente de su diócesis de Aptunga. Un grupo de donatistas rebeldes va todavía más lejos y forman su propio ejército, con todos los descontentos de Cartago y con el oro y las influencias de la famosa Lucila, declaran la guerra al Imperio y se dedican a quemar templos cristianos. A la iglesia católica la llamaban “Iglesia de traidores” mientras ellos eran la “Iglesia pura”. En esta situación Constantino no tuvo más remedio que intervenir y emplear toda la fuerza de los ejércitos romanos para acabar con los principales cabecillas donatistas. Y a pesar de lo cual los donatistas siguieron defendiendo su tesis durante un siglo más. Osio de Córdoba quiso ayudar hasta el final a los donatistas, tal vez porque en algunas cosas estaba de acuerdo con ellos, sobre todo en querer mantener la máxima pureza dentro del clero y hasta consiguió que Constantino enviase grandes sumas de dinero al obispo Ceciliano para que aliviase los problemas de los cristianos de Cartago y aunque las fuentes no lo confirman parece ser que hacia el año 316 Osio se trasladó hasta Cartago para negociar con ambas partes sobre el propio terreno. Está claro, Osio era el árbitro de la situación.

Pero, cuando Osio de Córdoba va a tener que dar el do de pecho es al surgir el arrianismo. Hasta el punto de que su vida queda inevitablemente unida al Concilio de Nicea y a Arrio. ¡Tan unidos que ya nadie podrá separarlos jamás! Arrio y Nicea son para Osio lo que América para Colón. Y porque el arrianismo es la herejía más seria que se le presenta a la Iglesia y porque el Concilio de Nicea es el primer Concilio Ecuménico de la Historia, y porque Osio es quien preside el Concilio y da con la fórmula que salva al Cristianismo, y porque Osio es obispo de Córdoba... bien merece que nos detengamos en esta cuestión y vayamos midiendo los pasos. En primer lugar, y antes de ninguna otra consideración, conviene concretar la base de la Herejía Arriana. Según el patriarca Alejandro de Alejandría, en carta del año 319 al patriarca Alejandro de

Constantinopla, los arrianos “dicen que hubo un tiempo en que el Hijo de Dios no existía, y que ha empezado a existir, siendo así que no existía antes; y que, cuando nació, fue engendrado de la misma manera de lo que son todos los hombres. Pues, Dios -dicen- lo ha creado todo de la nada. De modo que ellos comprenden al propio Hijo de Dios en esta creación de todos los seres inteligentes o sin razón. Es la situación más delicada que se le presenta a la Iglesia incipiente e incluso un peligro para el Imperio. Osio se da cuenta en seguida del peligro y se prepara para una Gran Guerra.

Porque Arrio plantea un problema capital y de fondo para el cristianismo. Arrio pondrá la unidad absoluta de Dios, eterno, increado e incommunicable. Fuera de él todo lo demás que existe son meras criaturas suyas. De este principio se deriva la tesis fundamental: que Cristo no es eterno y que ha sido creado de la nada, pero no por necesidad, sino por libre voluntad del Padre. Por consiguiente Cristo no es de la misma naturaleza que el Padre... y por su propia naturaleza susceptible de pecado... Ahora bien, como primogénito de todos los demás seres Cristo es el más excelente, está por encima de todo lo creado y merece el título de Dios... Por tanto, podemos llamarle Dios, pero por extensión de la palabra. Y más claro aún: Si el Verbo no es Dios, si Cristo no pudo redimir al mundo con la satisfacción que su pecado exigía, LA REDENCIÓN Y TODO EL EVANGELIO QUEDA DESTRUIDO. ¡Era, ni más ni menos, que el fin del Cristianismo! ¡Porque la divinidad de Cristo es el ser, la piedra angular, de toda la religión cristiana! Y ésta situación fue la que provocó la preocupación de Osio de Córdoba y la que le hizo poner toda su inteligencia en juego.

Lo que planteaba Arrio podía ser el fin del cristianismo porque si Cristo no era Dios la religión de Roma quedaba reducida a una religión más, a una religión de hombres, ya que sí el cristianismo triunfaba sobre las demás religiones es porque era inspiración de Dios. ¡Y esa fue la bomba que le estalló al obispo Osio en sus propios pies! Y los ecos no se hicieron esperar. Porque la doctrina arriana se corrió como el aceite por el África cristiana y por Oriente. En esa encrucijada la iglesia ortodoxa, comandada por el obispo cordobés, se lanza sobre el arrianismo con todas sus fuerzas. ¡Ahora sí que es la guerra civil entre los cristianos! Atrás quedan ya las persecuciones y las catacumbas. La iglesia está ya casi en el poder con Constantino y no puede permitirse el lujo de dividirse. Pero, antes de llegar a la primera batalla digamos algo sobre Arrio, el hombre que provoca el conflicto, un conflicto que va a durar hasta el siglo VII. Al comienzo del siglo IV ya hay cinco escuelas “cristianas” consolidadas. Son las de Alejandría, Antioquia, Roma, Edesa y Jerusalén. Escuelas que antes, en y después de las persecuciones suelen disputar en materia teológica. Concretamente durante el siglo III habían polemizado en torno al monarquianismo o sabelianismo, en cierto modo origen del arrianismo, que

defendía a ultranza la unidad de la divinidad, destruyendo la distinción de personas. Para los sabelianos Cristo no era una persona distinta, sino una forma especial del Padre.

Arrio procedía de la escuela de Antioquia y era natural de Libia, y desde muy joven se había adherido al cisma de Melecio. Después se reconcilia con la Iglesia y es ordenado de presbítero y encargado por Alejandro de Alejandría de la iglesia de Baucalis. Se trata de un hombre sincero, casi místico, y de una exagerada habilidad dialéctica... aunque por encima de todo es tenaz, lo que le hace sumamente peligroso, pues jamás se da por vencido en una polémica. Arrio expone y defiende su doctrina con toda clase de argumentos, en una obra famosa “Thalia. Y de tal modo se propaga el arrianismo que ya en el año 321 el patriarca de Alejandría no tiene más remedio que convocar un sínodo para hacer frente a este “sarampión” que amenaza convertirse en una “plaga” formal. En este sínodo de Alejandría, al que asisten más de cien obispos, Arrio es condenado por primera vez y en consecuencia expulsado de Egipto. Lo cual en lugar de amilanarlo lo enardece y le sirve de acicate. Porque Arrio inicia, a partir de su expulsión, y como años antes San Pablo, un verdadero periplo misionero. Viaja por Palestina, por Capadocia, por Nicomedia... y por todas partes va ganando adeptos. Los más importantes, los que van a sostenerle, los que van a dar impulso al arrianismo son: el obispo Eusebio de Nicomedia y el historiador Eusebio de Césarea.

Pero el arrianismo llegó hasta el propio emperador Constantino. Es más: él mismo pudo comprobarlo cuando en su guerra con Licinio visita el Oriente. Pero, no sólo lo comprueba sino que comprende en el acto la fuerza expansiva que tienen las doctrinas de Arrio... y se decide a actuar sin pérdida de tiempo. Hay que salvar, por encima de todo, la unidad del Cristianismo... Así pues Constantino envía a Osio de Córdoba -¡A quien si no!- con cartas especiales tuyas para el patriarca Alejandro y para el propio Arrio, y con el encargo “muy especial” de que procure encontrar un arreglo pacífico. Osio va hasta Alejandría y a pesar de sus buenos oficios ante Alejandro y ante Arrio no consigue nada: el mal ya estaba demasiado extendido para curarlo a las primeras de cambio... Y Osio comprende que la cuestión es seria y peligrosa para la Iglesia. Entonces vuelve cerca del Emperador y le convence de que no hay más remedio que celebrar un Concilio Universal, porque la paz y la unión del orbe cristiano, verdaderamente, están en peligro. Y Constantino da la razón, una vez más, a Osio. Y el obispo cordobés comienza a preparar el gran Concilio que tendría que resolver el gravísimo problema. Al final se decidió celebrarlo en la ciudad de Nicea, en la actual Turquía. Nicea es una pequeña población de la Bithynia, situada a pocos kilómetros de Nicomedia, donde a veces reside el propio

Emperador. No lejos está también el Pontus Euxinus (Mar Negro) y los estrechos que le unen al “Mare Nostrum” (mar Mediterráneo).

Corría el año 325 de la era de Cristo y Osio se dedica de lleno a organizar el gran Concilio de aquella Iglesia. Al final consigue que más de 300 obispos, llegados desde todos los rincones del vasto Imperio y gracias a las facilidades que les ha proporcionado el Emperador, se reúnan por fin en Nicea. Constantino, convencido de la importancia que el Concilio va a tener para la Iglesia y para el Imperio, no ha regateado esfuerzos ni atenciones: desde poner las postas imperiales a disposición de los obispos hasta pagarles cualquier gasto que este viaje les ocasionara. Constantino ha ordenado a todas las autoridades del Imperio que se vuelquen a favor de estos hombres que, en Nicea, van a discutir, nada menos ni nada más que la propia Naturaleza de Dios... ¡La paz está en juego y Constantino quiere la paz por encima de todo! Allí está la flor y nata del orbe cristiano. Y allí está Osio de Córdoba, el teólogo cordobés que ya había destacado en el Concilio de Elvira y el que había resuelto la herejía del Donatismo, el asesor del Emperador en materia religiosa, el que pintaba más (en palabras de hoy) que el propio Papa de Roma. Y a pesar de eso Osio no las tenía todas consigo, porque la doctrina y las ideas de Arrio habían calado profundamente en el mundo cristiano y habían arrastrado a las principales mentes de aquella Iglesia incipiente que se debatía en las propias doctrinas fundamentales de la Iglesia.

Allí está el venerable Alejandro de Alejandría, acompañado de su infatigable archidiácono Atanasio; allí están Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesárea; allí están los representantes del Papa, los presbíteros Vito y Vicente; allí está, aunque por no ser obispo no puede intervenir directamente, el propio Arrio... Allí están los testigos de la última persecución para mostrar, todavía, sus cicatrices y sus mutilaciones... Allí están los futuros santos de la Iglesia... Allí están los sucesores de Pedro y Pablo, de Juan y Santiago, de Bernabé, de Tomás... Allí está el patriarca de Jerusalén... En fin, allí están Osio de Córdoba y Constantino el Grande, a quien acompaña el boato de la Corte Imperial. La sesión de apertura se celebra con extraordinaria pompa en la gran sala del palacio imperial el 20 de mayo. Para más gloria hace un día espléndido, radiante, lleno de sol... ¡parece como si el Espíritu Santo quisiera estar presente! Constantino, que a la sazón está en la plenitud de su vida (tiene 42 años) y de su poder (lleva 20 años de emperador), se presenta esa mañana radiante de júbilo y alegría, pues no en vano considera el Concilio como símbolo de la unidad del Imperio.

Constantino va aquella mañana ataviado con el manto de púrpura real y todos los ornamentos de su imperial persona. Sin escatimar nada: oro, piedras preciosas, brillantes, terciopelo, seda natural, plata... ¡diez siglos de poderío

sobre sus espaldas! ¡Roma con todo su esplendor! Pero, cuando comienza a hablar, cuando da la bienvenida a aquellos venerables ancianos o a los impetuosos y doctos hombres de letras, representantes de Dios en la tierra, de ese Dios único que le iluminó sobre el puente Milvio el día que venció a Majencio o en Adrianópolis el día que venció a Licinio... entonces se despoja de toda vanidad terrena y se llena de una humildad rayana con la fe... Constantino habla de hermandad, de comprensión, de misericordia, de unidad y de paz... ¡la PAZ sólo puede ser un regalo de vuestro Dios!... Quiere que los cristianos sean los mejores y que huyan de cualquier rencilla personal. Quiere que el amor de Cristo reine entre ellos. ¡Ay, pero no puede olvidar por qué están allí y para qué! Y entonces les promete que su pulso no temblará y que prestará todo su Poder -¡el Poder de Roma, tan temido como envidiado!- en apoyo de lo que allí se decida... Porque, eso sí, los que allí tienen que decidir son ¡ellos! Constantino está exultante porque cree que ha llegado el momento por el que él tanto había luchado desde aquella aparición divina del puente Milvio: “In hoc signus vinces” (con esta señal vencerás).

Cuando ya han tomado asiento los obispos Constantino se levanta y entre otras cosas les dice: “Honorable obispos, os he reunido aquí para que decidáis la verdadera fe de aquel Cristo que murió en la cruz. Yo soy el emperador de Roma, es decir el amo ahí fuera. Pero, aquí dentro los amos sois vosotros. Porque mi autoridad es terrenal y la vuestra, en cambio, es de origen divino y yo no puedo entrometerme en los asuntos de Dios. Así que dicho esto me retiro y os dejo a vosotros la última palabra. Lo que vosotros acordéis será mi Ley y la Ley de todo el Imperio”. Y Constantino, con toda la pompa con la que entró, se retira y sale del palacio imperial y tras él se cierran las puertas del mundo. Allí dentro tan sólo quedan los representantes de Dios en la tierra. Solos. Ellos, los obispos, son, ciertamente, los que tienen la última palabra. Y presidiendo aquella magna asamblea no está el papa de Roma ni los legados que ha enviado al Concilio en su representación, sino un hombre de aspecto venerable, curtido ya en cien combates teológicos, de 69 años de edad y una cabeza privilegiada. Se llama Osio y es natural de Córdoba, de la Córdoba Bética y española. El obispo de Córdoba... ¡y él va a ser quien dirija los debates! Y él -un hombre de Córdoba- va a ser quien encuentre la fórmula salvadora, la fórmula que salvó a la cristiandad. Porque nada más empezar los debates se ve que el acuerdo es difícil, que los ánimos están exaltados y que las posturas se han radicalizado.

Las tres posturas del Concilio

En cuanto comenzaron los debates se vio enseguida que había dos grupos radicalmente enfrentados y un tercero posibilista. Alejandro de Alejandría,

secundado y respaldado por la mente clarividente del joven Atanasio, quien por no ser todavía obispo no puede intervenir, encabeza una de las posiciones. Son los ortodoxos, los que defienden a toda costa la divinidad de Cristo y la unidad de la esencia divina: “¿El Padre es Dios? ¡Sí, señor!; ¿El hijo es Dios? ¡Sí, señor!; ¿Son entonces dos Dioses? ¡No señor! ¡Son dos personas y un solo Dios!...” Eusebio de Nicomedia, portavoz del propio Arrio, quien tampoco puede intervenir en los debates por no ser obispo, encabeza la posición de los arrianistas. Son los que defienden que Cristo, el Verbo, es una criatura de Dios; la primera, la más perfecta, la más ensalzada, la obra maestra del creador... ¡pero, no Dios!... Hay un tercer grupo, menos radicalizado y predispuesto a la conciliación, que defiende un término intermedio: Cristo es Dios, pero subordinado al Padre... “El Padre es Dios, el Hijo es “ex Deo”, de Dios”... Y las discusiones, con las Sagradas Escrituras en la mano, se hacen interminables. Las sesiones son agotadoras. Los ánimos y los nervios se disparan. Hay ofensas y amenazas... y hasta salen a relucir “trapos sucios” de antaño. No hay quien se ponga de acuerdo. Hasta que, de pronto, a alguien se le ocurre la palabra clave. Sería la palabra que salvó la doctrina de Cristo.

Homoousion

Y fue Osio de Córdoba quien lanzó a la palestra la palabra salvadora, la que salvó el dogma de la Trinidad... Osio viendo que el Concilio se le iba de las manos se levantó y con voz potente dijo: “Sí, deus ex Deo (Dios de Dios), pero homoousion (consustancial) con el Padre”. Luego, el Padre es Dios y el Hijo es Dios, consustancial con el Padre. Es decir, de la misma Naturaleza del Padre. Luego, no son dos Dioses, sino un solo Dios, una sola Naturaleza... porque el Hijo es “homoousion”, consustancial con el Padre. Y la luz fue hecha. Porque a partir de ese momento los obispos han visto claro... ¡Esa es la palabra exacta! dicen muchos. La mayoría. “Homoousion”. “Consustancial”. “Homoousion”. “Consustancial”. “Homoousion”. “Consustancial”... Son cien voces repitiendo la misma palabra. Son doscientas voces. Son casi trescientas voces... El Cristianismo se ha salvado... ¡Cristo es Dios! Todavía hay quien se resiste, todavía hay quien quiere buscarle las patas al gato, todavía hay quien lanza una treta... Eusebio de Nicomedia juega la última baza de los arrianos cuando dice. “Homoousion, no”, “Homo i ousion”... es decir, consustancial, no; semejante, sí ... ¡Sólo es una “i” la diferencia! pero, ¡¡qué “i”!! Porque si es consustancial sólo hay una Naturaleza y un solo Dios, pero si es semejante hay dos Naturalezas y dos Dioses... y entonces uno de los dos tiene que ser el primero. Y si hay un primero es el creador del segundo, y si el segundo ha sido “creado” es que no es Dios...



Monumento al obispo Osio en la Plaza de las Capuchinas

Y se aprueba la fórmula de Osio, que decía: “Genitum, non factum, consubstantialem Patri” (engendrado, no hecho, consubstancial con el Padre). Y en base a esta fórmula se acordó el texto del Credo definitivo, que lo firmaron todos menos Segundo de Ptolemaida y Tomás de Marmarica. Pues hasta Eusebio de Nicomedia, ante el temor de las represalias imperiales estampó su firma en nombre de los arrianos. El texto definitivo del Credo fue este: “Creemos en un solo Dios Padre omnipotente, creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Y en el Espíritu Santo”. Así terminó el Concilio después de un mes de debates y al final todos juntos cantaron el “¡Hosanna, hosanna, al hijo de David y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”. Era la cumbre de Osio de Córdoba, el momento estelar de aquel hombre que a sus 69 años ha salvado el Cristianismo y está en la cúspide de la fama.

Se celebró el 19 de junio del año 325 de la era cristiana y por coincidir con las fiestas vicennales (los veinte años de Imperio de Constantino) fue de una gran solemnidad. Sobre todo quedó para la Historia el banquete que Constantino dio a los Padres conciliares y donde se brindó por la unidad de la Iglesia y por la paz del Imperio... y se dieron gracias al Dios único y omnipotente. Constantino -según los historiadores- estaba alegre como unas castañuelas y orgulloso de su obra. Pero, la cúspide indica que se ha llegado a la cumbre y que ya no se puede subir más, y que hay que iniciar la bajada. Porque los arrianos no se dan por vencidos. Acostumbrados a disimular durante las persecuciones, los seguidores de Arrio disimulan que han aceptado el credo de Nicea y se disponen a la lucha. Bien saben ellos, al fin y al cabo iglesia, que el mejor modo de luchar contra la fuerza no es oponiéndose, haciendo frente, sino empleando la astucia. Y con astucia inician el contraataque. En primer lugar tratan de acercarse al propio Constantino y a la familia imperial. Y lo logran. Porque consiguen llevar al ánimo del emperador que con la fuerza es imposible la reconciliación y que el mejor modo de hallar la PAZ total es perdonando a los disidentes y abriendo los brazos. Al mismo tiempo consiguen atraer al bando arriano a Constancia la hermana predilecta de Constantino. Los efectos no se dejaron esperar y lo que no consiguieron en Nicea lo van a conseguir en los despachos.

Porque tan sólo tres años después de Nicea el Emperador levanta el destierro a Eusebio de Nicomedia y al propio Arrio. Esto les envalentona y

reagrupando filas se lanzan otra vez al combate. Aunque como buenos estrategas -la iglesia siempre ha sido escuela de estrategia- saben que no pueden atacar de entrada al grueso del ejército... Y el ejército para ellos es Constantino, Osio de Córdoba, el Papa Liberio, San Atanasio, Eustaquio de Antioquia y etc., así en este orden, pero a la inversa. Y paso a paso van consiguiendo sus metas. Porque primero consiguen -y para ellos el fin justifica los medios- que Constantino deponga como obispo a Eustaquio de Antioquia. Logrado lo cual se atreven con San Atanasio... (Atanasio, como ya se ha dicho, era el mentor de Alejandro de Alejandría, y sin duda, una de las cabezas más preparadas en Nicea... y a la sazón obispo de Alejandría, pues Alejandro muere por esos años)... y aunque les cuesta lo suyo, por fin, logran escalar el siguiente paso: la expulsión de Atanasio de su obispado y el destierro. Por supuesto que se aprovechan de las “dudas” que se apoderan de Constantino en sus últimos años de reinado... y de la creencia general de que la reconciliación sólo era posible por la vía del perdón (ahora diríamos amnistía). Así que cuando muere Constantino, se cree que en el año 337, los seguidores de Arrio (también éste había muerto ya de manera trágica y misteriosa) han conseguido ya muchas de sus metas y se han rehecho de la gran derrota de Nicea.

Y llegó el “post-constantinismo”. Cuando muere Constantino el Grande divide el Imperio en tres partes y se las asigna a sus tres hijos: a Constantino II las Galias; a Constante, Italia y el Ilírico, y a Constancio, el Oriente. Lo cual -como siempre ha ocurrido en la Historia- es inmediata causa de luchas internas. La cuestión es que el año 340 muere en combate Constantino II y Constante queda como emperador de todo el occidente. Y Constancio de todo oriente... A esta guerra fratricida sigue un período de paz de diez años. Paz que aprovechan los dos bandos religiosos en discordia. A un triunfo de la ortodoxia (y la ortodoxia sigue llamándose Osio de Córdoba) sigue otro de los arrianos (y los arrianos, muerto Arrio, sigue siendo Eusebio de Nicomedia). Hasta que de nuevo llegan al enfrentamiento abierto. Por indicación del Papa, Julio I, partidario total de la ortodoxia que todavía representa Osio, los emperadores, Constante y Constancio, convocan de nuevo a los obispos a Concilio. Y éste se celebra en Sárdica (la actual Sofía) el año 343 de la era Cristiana. Por supuesto, preside Osio de Córdoba, que sigue siendo la lumbrera de la Iglesia y el mayor defensor de la ortodoxia. Es decir del Cristianismo. Osio tiene cuando comienza el Concilio de Sárdica ¡87 años!, pero está, sigue, en pleno uso de su gran inteligencia. Tampoco el Imperio es ya lo que había sido con Constantino el Grande.

Al nuevo Concilio asisten esta vez unos doscientos obispos. De los cuales, unos noventa son ortodoxos, o sea, católicos, y unos ochenta, arrianos. El resto, neutrales. Los arrianos, astutamente, no van al fondo de la cuestión (otra vez la

“consustancialidad”), sino que hacen bandera de la condena de Atanasio como obispo de Alejandría. Y en torno a este tema se centran los debates. Pero, como Osio no cediera, ni los representantes del Papa (Archidano, Filosceno y León) a la demanda de los arrianos, e incluso se pusieran abiertamente de parte de aquel, y los seguidores de Arrio se retiran del Concilio y se van a Filipópolis de Trancia, donde llegan al colmo del atrevimiento, pues deponen pública y solemnemente al Papa, a Osio de Córdoba y a los defensores de la ortodoxia. ¡Era casi el cisma! A pesar de lo cual la Iglesia de Roma, es decir, la ortodoxia, salió de Sárdica más fortalecida que nunca. Pero, los arrianos siguieron sin darse por vencidos y siguieron la lucha en todos los frentes. Dando un salto en el tiempo llegaron a “la cuestión del Papa Liberio” y a “el caso del obispo Osio de Córdoba”, las dos polémicas que dejarían coleando para siempre los arrianistas. El año 350 muere asesinado Constante, el emperador de Oriente, y queda, otra vez como único señor de todo el Imperio su hermano Constancio. El año 352 muere en Roma el Papa Julio I y le sucede el Papa Liberio. Ambas cosas van a ser decisivas en la marcha de este enfrentamiento entre arrianos y ortodoxos, la herejía y el dogma, ya que el emperador Constancio en este intervalo se deja influenciar por los arrianistas hasta el punto de que casi se pone de su parte. Una vez más los seguidores de Arrio se disfrazan de corderos y convencen al Emperador de que la reconciliación sólo es posible si se les perdona a ellos... aunque en realidad lo que insistentemente buscan no es el perdón sino la revancha de Nicea. Pero, como siempre, los lobos disfrazados de corderos acaban engañando a todo el mundo. Así que vuelve a salir a flote la cuestión de la Naturaleza de Dios y del Verbo. Sin mencionar para nada la palabra célebre: “Homousion” (consustancial), a la que los arrianos temen “como a una bicha”, proponen nuevas fórmulas, con el deseo -hacen creer al Emperador- de hallar la concordia... y así consiguen verdaderos triunfos sobre la ortodoxia, pues no en vano el propio Constancio está ya totalmente de su lado. Sin embargo, ellos mismos están divididos. Hay un grupo (los “Anhomeos”) que niega toda semejanza de Cristo con el Padre. Hay otro grupo (los “Homeos”) que admite alguna semejanza, pero no en la esencia... y hay otro grupo (los “homoeusianos”) que admite una semejanza general del Hijo con el Padre, incluso en la esencia, lo cual no está lejos de la ortodoxia. Estando así las cosas el Emperador presiona sobre el Papa Liberio para que se ponga en frente de Atanasio, por ser este el caballo de batalla de los arrianos.

Al terminar el Concilio de Sárdica, Osio vuelve a Córdoba y decide (como Séneca siglos antes) retirarse a la vida descansada. ¡Ay!... pero los arrianos no se han olvidado de la gran derrota que les infligió en Nicea y no descansan mientras viva. Pretenden, persiguen y convencen al Emperador de la necesidad de hacer doblegar al “viejo león” de Córdoba. Ahora ya no se trata de mantener

la paz, sino de hacer predominar la autoridad del Estado (del emperador) sobre los obispos en materia religiosa. Y Constancio cae en la trampa que no cayó su padre, Constantino el Grande, quien -como ya se ha visto- separaba claramente el Poder temporal del Poder espiritual. Constancio ordena que Osio sea conducido (¿cómo?) a Roma y trata de convencerle de sus “errores”. Osio, por razón de su edad (tiene 99 años) y de las circunstancias, queda a merced de Constancio y de los arrianos, quienes le oprimen y le presionan, pues siguen viendo en él la columna vertebral de la ortodoxia, al presidente de Nicea y de Sárdica, al consejero de Constantino... al teólogo que más daño les ha hecho con su célebre y dogmática fórmula del “Homoeousion”. Y, sin embargo, todavía le quedan fuerzas al “viejo león” para, estando en sus manos, escribirle una carta a Constancio que es todo un símbolo de entereza, de claridad, de valentía y hasta profética. Osio tiene en esos momentos cien años de edad y el temperamento y la fuerza mental de su juventud.

Osio, sin miedo, convencido de que la verdad está con él, y acorralado por los arrianos le escribe la tremenda carta que sería su mejor defensa de cara a lo que vino después. Entre otras cosas el obispo de Córdoba le decía a Constancio: “Acuérdate que eres mortal. Teme el día del juicio y consérvate puro para él. No te entrometas en los asuntos eclesiásticos ni nos mandes sobre puntos en que debes ser instruido por nosotros. A ti te dio Dios el Imperio; a nosotros nos confió la Iglesia. Y así como el que te robase el Imperio se opondría a la ordenación divina, del mismo modo guárdate tú de incurrir en el horrendo crimen de adjudicarte lo que toca a la Iglesia... Y en cuanto a mi decisión sobre Atanasio “yo no sólo no me adhiero a los arrianos, sino que anatematizo su herejía; ni suscribo contra Atanasio, a quien tanto yo como la Iglesia romana y todo el Sínodo de Sárdica declaró inocente”. Al Emperador Constancio esta carta le cayó tan mal que una vez leída no dudó en entregarle a los arrianos, que lo encierran en Sirmio y allí lo tienen un año bajo coacción y uso de la violencia. Fue durante este encierro cuando, según los arrianos, el obispo Osio se retractó de sus principios y de la ortodoxia. Algunos obispos llegaron a acusarle de apóstata y de haberse pasado al enemigo. Porque al año Osio obtiene su libertad y vuelve a Córdoba con permiso del Emperador.

Pero los que acusaron a Osio de apóstata no tuvieron en cuenta dos cosas que quedaron a la vista: 1) que nadie, salvo los mismos arrianos, pudieron testificar la apostasía de Osio. 2) Que sólo los arrianos estuvieron a su lado durante ese año de destierro en Sirmio y, por lo tanto, pudieron inventárselo todo. Y una cosa queda patente: que Osio de Córdoba escribe la famosa carta al emperador Constancio cuando ya ha cumplido un siglo de vida y está gravemente enfermo. Porque, no es comprensible que un hombre que a esa edad ha sabido mantenerse firme en sus principios vaya a renunciar a lo que ha

defendido desde su juventud. Sin embargo, algo consiguieron los arrianos, dejar la duda en el aire y tal vez por ello Osio de Córdoba no subió a los altares. Pero, la iglesia y sobre todo el cristianismo le deberán siempre la divinidad de Cristo y el dogma de la Santísima Trinidad. Muy poco se sabe de su vida en esos meses que vive en Córdoba tras lo de Sirmio, sí se sabe que los cristianos de aquellos siglos lo tuvieron como el gran paladín de la cristiandad y la columna vertebral de la ortodoxia católica. El credo de Nicea sigue siendo aún el credo de la iglesia católica, apostólica y romana... y la fórmula que se inventó el obispo de Córdoba en Nicea permanece: “Genitum, non factum, consubstantialem Patri: engendrado, no hecho, consubstancial con el padre”. Aquí acaba la vida de Osio de Córdoba, sin duda uno de los grandes de Córdoba.

E quando los franceses e el Gran Capitán se desavinieron sobre la partición del reyno de Nápoles, fueron trocados algunos destos caballeros, e los dieron por otros que de la parte francesa estaban presos en poder del Gran Capitán.

G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Batallas y Quincuagenas*.
Real Academia de la Historia, t. I, p. 259. Madrid, 1983.

